LOS DOS ARBOLES

En su tronco, no en silla real real sentado,
Nobles, puesto que pobres electores,
Tan solo un Señor juran, cuyas leyes,
Libres conservan de tiranos reyes.

TIRSO DE MOLINA.

Piérdese en la obscuridad de ignotos tiempos la costumbre de muchos pueblos de la tierra de reunirse los hombres bajo un árbol para deliberar sobre las leyes porque debian regirse, elegir sus jefes y jurar el respeto y acatamiento a cuanto á su sombra se acordara, reconociendo á aquel árbol como símbolo de sus leyes, usos y costumbres.

Es ciertamente el árbol el emblema más gráfico y significativo de lo que es la sociedad humana, de lo que son las generaciones que incesantemente se suceden desde que Dios creó al primer hombre, es lo que mejor expresa la idea del respeto que se debe á todo aquello que nos protege y ampara.

Como brazos protectores extendía un viejo roble, signo de fortaleza, sus frondosas ramas á cuya sombra se reunían patriarcalmente los bizcainos y la exuberante sávia de aquel robusto roble hizo que se mantuvieran sus ramas verdes y lozanas, llenas de vida y frescura durante muchos siglos.

So aquel vigoroso árbol, al amparo de su protectora sombra se celebraban los *batzarrak* de donde salieron las sabias leyes, admiración del mundo, monumento ejemplar erigido por un pueblo apartado, franco y noble, que independiente supo gobernarse, gozando sus mil generaciones de la benéfica influencia de su poderosa sávia.

Símbolo este árbol de sus venerandas leyes y signo de sus libertades é independencia, doblegaron ante él su rodilla poderosos monarcas y orgullosos magnates, jurando guardar y respetar las leyes, buenos usos y costumbres de este país; este es el venerable *Santo arbol* de Guernica.

¡Bendito y adorado árbol! Para el buen bizcaino solo hay una cosa sobre él. *Jaungoikoa.*

Pero.... ¡ay! que al vigoroso roble fuéle faltando la sávia y sus frondosas y pobladas ramas perdían su lozanía; mustias y raquíticas hojas pálidas de color solo asomaban entre sus ya casi secas ramas, y el anciano y agrietado tronco no podía ya prestarles más vida, estaba herido de muerte. Llegó por fin un dia en que murió, un dia en que entre sus escuetas y grises ramas no asomó ya la más ligera señal de tan preciosa existencia.

Murió, si, el adorado roble de los bizcainos, y con él murieron sus adoradas instituciones, hasta entonces por todos respetadas. Hoy es un cadáver, pero un cadáver que aún respira por la herida que sus enemigos le infirieron para matarlo, un cadáver que aún extiende sus descarnados brazos sobre el tosco sitial de fria piedra do en tiempos más felices se sentaban los representantes del noble solar bizcaino.

Consérvase aún el cadaver de aquel santo árbol, seco, sí, y escueto, pero enhiesto y arragante señalando con sus tétricos brazos un pequeño arbusto, su retoño, como diciendo, á los euskaldunas ¡ahí teneis á mi hijo, que es alma de mi alma y sangre de mi sangre!

. . . . . .

. . . . . .

Delante de ese tosco sitial, y frente al esqueleto del memorable símbolo foral crece un jovenzuelo roble, hijo de aquel que en vida amparó y ennobleció con su protectora sombra cien generaciones de la vigorosa raza bizcaina.

Treinta años de existencia es nada, un dia para un roble que ha de vivir siglos y siglos, y que como su venerable y respetado padre ha de ver pasar bajo sus ramas muchas generaciones de hombres por cuyas venas corre la sangre de los que adoraron á su antecesor.

¿Murió acaso también con el árbol santo el amor é inquebrantable fe de los bizcainos por las leyes que salieron de los labios de sus primitivos patriarcas? No, y mil veces no.

Si injusta y alevosamente les fueron arrebatadas sus libertades, los

bizcainos de corazón siguen rindiendo culto á sus tradiciones, y abrigan siempre en sus pechos la esperanza de gobernarse por sí mismos como en época no muy remota lo hicieron.

Joven es aún el nuevo vástago, símbolo de las libertades bizcainas, pocos años cuenta de existencia desde que su padre murió, pero es de la misma madera y corre por sus ramas la misma sávia, como corre por las venas de los bizcainos la misma sangre de sus antepasados.

El joven roble, hoy debil por su corta edad, crecerá con los años, no lo dudeis, su desarrollo adquirirá algun dia las proporciones de un gigante. Perseverad, ¡oh nobles hijos de Aitor! en vuestra ferviente adoración hácia ese simbólico roble que representa vuestras más caras afecciones de patria, cultivadlo bien, que la inquebrantable fe y constancia son con el tiempo los más poderosos factores para conseguir vuestras nobles y legítimas aspiraciones.

¿Que vuestros detractores os critican y juzgan mal? Exclamad con Julio Claretie: «*Los críticos juzgan el presente, pero el porvenir juzgará de los críticos*».

Levantad monumentos á vuestros antiguos Fueros para perpetuar la memoria de vuestros más gloriosos timbres, para que viva siempre en vuestros pechos la llama ardiente de amor hácia el Santo Arbol de Guernica.

Bilbao, pueblo que con su trabajo é inteligencia, y por sus especiales condiciones ha llegado á ser el cerebro de Bizcaya, debe agitar la idea de levantar en su recinto, en un punto elevado que domine, un obelisco, una estatua, un monumento, en fin, á esas sabias leyes que fueron, y tal vez vuelvan á ser vuestros respetados Fueros, timbre grandioso de la raza euskara, admiración del mundo entero, porque es aspiración noble de todo pueblo honrado y que en algo tenga sus pasadas glorias, perpetuarlas en la admiración de todos, pues como dijo el sabio pensador, el insigne Valtour:

«*Nada hay más sano para el alma que la admiración. Dichosos los pueblos y los siglos que la inspiren!*»

ALEJANDRO G. DE ARRIAGA.

Bilbao, Enero 1895.